Glorias pasadas

Por Ralph M. Lewis, F.R.C.

Este es el décimo quinto de una serie de artículos de nuestro Imperator acerca de las observaciones hechas en su último viaje que lo llevó, junto con sus acompañantes, alrededor del mundo, visitando lugares místicos y remotos.

El cielo entoldado se aclaró, y nuestro ánimo se elevó mientras viajábamos hacia las ruinas de Babilonia, tan poderosa en un tiempo. A cada lado del estrecho camino había pastores pobres, manchas verdes que contrastaban con el resto de las tierras estériles. Pequeñas manadas de ovejas mordisqueaban la hierba. Junto a ellas, atisbándonos al pasar, estaban los pastores; eran beduinos vestidos más o menos como sus antepasados de hace siglos.

Los perros pacientes y obedientes hacían la ronda del rebaño y mordían las patas de alguna oveja descarriada, para hacerla volver al rebaño. Los perros estaban también alertas contra los chacales. Al ver cómo admirábamos algunas de las ovejas, uno de los pastores tomó una de ellas, una oveja negra, y la acarició con afecto.

No lejos estaban las tiendas de piel de chivo negro; apenas eran lo suficientemente altas para que un hombre pudiera entrar arrastrándose. Las pieles estaban sostenidas por palos, y eran semejantes a las que han usado las tribus nómadas de esta región, desde los tiempos bíblicos.

Babilonia está a algo más de cien kilómetros al sur de Bagdad. Se experimenta una profunda depresión, al acercarse a aquel sitio. Todo recuerda la desolación y la muerte. No solamente nos impresiona la falta de vida y toda traza de civilización, sino que el pensamiento se llena con la imagen de la destrucción completa de lo que en un tiempo fue una de las más grandes obras del hombre.

Queda muy claro en nuestra mente que la civilización puede regresar al polvo de donde salió. La superficie plana a cada lado del camino, estaba interrumpida a intervalos, por lo que parecían ser pequeños montones de tierra. Algunos de estos tenían de largo varios centenares de metros, y estaban cortados en ángulos rectos. Debajo de estos montones de tierra había secretos que aún no se han descubierto.

Estaban allí los restos de los siglos, ruinas de ciudades y vidas de hombres que esperaban la pala del arqueólogo para revelar su suerte al hombre moderno.

Al cruzar hacia la izquierda y ascender un poco, llegamos al final del camino de tierra. Parecía que nos aproximáramos a una gran excavación hecha para construir un gran edificio. Subimos junto con nuestro equipo, con ayuda de los árabes, hasta el borde de la depresión, y vimos parte de lo que en un tiempo había sido el centro de la sabiduría, de la religión y de la filosofía:

¡Babilonia! lo que hoy se ve es lo que fue construido principalmente entre la época del conquistador Asirio Sennacherib y Alejandro el Grande, en el año 323 antes de Cristo.

Pero en este lugar, en tiempos muy anteriores, existió la ciudad de Hammurrabi, quien fue el mayor de los reyes de la primera dinastía de Babilonia. Concibió él el famoso código de leyes y el primer sistema de jurisprudencia. Las leyes que inscribió en un monumento, se dice que influyeron en la ley mosaica.

En otras palabras, la interpretación posterior acerca de la experiencia teofánica de Moisés en el Monte Sinaí, fue probablemente sincrética, empleando como base los principios de Hammurrabi. Por lo menos, la semejanza entre los dos códigos es muy asombrosa. Babilonia alcanzó la cúspide de la cultura después de la caída de Nínive y del Imperio Asirio. Con la subida al trono del rey Nabucodonosor, llegó a ser el sitio en donde se reunían los más grandes sabios para discutir juntos, para estudiar sus filosofías y para hacer avanzar las ciencias de la astronomía y las matemáticas.

Recuerdos antiguos

Todo amante de la humanidad y de la historia experimenta una gran emoción cuando marcha por las calles, entre las ruinas de los edificios en donde vivieron en un tiempo aquellos pueblos antiguos. Tal vez se debe a la conciencia de unidad con el pasado. El aislamiento de nuestros tiempos actuales parece desaparecer. Tenemos conciencia clara, no solamente del período actual de la historia, sino de la continuidad de la humanidad entera a través de los siglos. Comprendemos que ha habido esperanzas, aspiraciones e ideales comunes entre los hombres de todos los períodos.

En donde existen hoy esas pilas de ladrillos de barro, algunos de los cuales tienen inscripciones cuneiformes con exhortaciones a los dioses y panegíricos a los reyes, vivió un pueblo cuyo espíritu no era tan diferente del nuestro. Ese pueblo amaba y temía a los dioses; consideraba sus deidades como creadores absolutos de todos los fenómenos naturales.

Se confesaban con ellos, les ofrecían plegarias e invocaban su divina intervención en los asuntos mundanos, como lo hacen los hombres de hoy. Demostraban una viva devoción a su hogar y tenían orgullo en sus acciones personales. Pagaban impuestos, erigían grandes fortificaciones y tenían que contribuir a las grandes aventuras militares. Tenían sus debilidades sensuales, lo mismo que momentos de inspiraciones, lo mismo que sus almas divisaban la belleza divina, que hallaba expresión en himnos y estatuas.

Al estudiar algunos fragmentos de cerámica vidriada, o azulejos de los muros del Palacio del poderoso rey Nabucodonosor, pensamos que éstos podrían también provenir de las ruinas de nuestra civilización del siglo veinte. Está dentro de lo posible que nuestras debilidades, si no se las detiene, pueden reducirnos a polvo para asombro de los hombres de mañana, como nos sucedía hoy a nosotros.

Murallas de Babilonia

Nabucodonosor construyó una serie de murallas gigantescas en torno de Babilonia; iban desde el Tigris hasta el Eufrates, en lo orilla izquierda, en donde estaba erigida la ciudad.

Otras murallas semejantes fueron construidas al norte y al sur, formando un gigantesco cuadrado. Entre esos muros estaba la ciudadela, la magnífica ciudad, el sitio de la belleza de la antigüedad. Sus calles se cortaban en ángulos rectos. La más notable de todas es la gran avenida sagrada de las procesiones; en esta avenida desfilaban las imágenes de los dioses, en la fiesta del Año Nuevo, de una manera semejante a las procesiones cristianas, en las que llevan efigies de los santos.

Al final de esta avenida, en el muro del norte, se yergue todavía hoy la Puerta de Ishtar, dedicada a la diosa *Ishtar,* que era la diosa del amor y cuyo nombre habían dado los babilonios a un planeta. Más tarde, griegos y romanos la conocieron con el nombre de Venus, y se dio al mismo planeta el nombre correspondiente.

La parte superior de las gigantescas torres gemelas están hoy casi al nivel del terreno plano que rodea las ruinas. En un tiempo estuvieron cubiertas de azulejos de vivos colores y bellamente ornamentadas. La ciudad entera, parece al observador de hoy, que se hubiera hundido en el desierto. A través de los siglos las arenas se han acumulado en la proporción de varias pulgadas por año, y han cubierto la ciudad. Las colinas que se ven en las cercanías de Babilonia son pruebas de lo que hace el tiempo a la obra del hombre, cuando cae en el abandono.

Jardines colgantes

Cerca de la puerta de Ishtar, están las ruinas del gran palacio de Nabucodonosor. Ese era el punto central de las riquezas, el poder, la sabiduría y la intranquilidad de aquel vasto imperio.

Este palacio era también e1 sitio adonde estaban los famosos Jardines Colgantes, una de las Siete Maravillas del mundo antiguo. Los lados del palacio estaban dispuestos en terrazas de varios niveles. Al pie del palacio, el Eufrates había sido parcialmente desviado para rodearlo de alguna manera, se había elevado el agua a los diferentes niveles para regar las palmeras, las plantas tropicales y las trepadoras que cubrían sus lados, produciendo una imagen exquisita.

Dice la leyenda que Nabucodonosor se había casado con una princesa que pertenecía a los pueblos montañeses el norte; la nostalgia de ella por las bellezas de su tierra natal, hicieron que el rey imitara una montaña, erigiendo así los Jardines Colgantes.

A poca distancia de la Puerta de Ishtar, estaba el templo principal, el Bel-Etemenanki. Este gran templo, en forma de torre, era visible desde muchos kilómetros de distancia. En las llanuras de Shinar, había otros templos

semejantes, construidos por los súmeros y por los asirios. Su forma era la de un Ziggurat o pirámide escalonada.

De esta torre provino la leyenda de la Torre de Babel. La torre tenía algo más de cien metros de altura (330 pies) y otro tanto de longuitud en cada lado de su base. Como la mayoría de las torres tienen dimensiones semejantes, se cree que estas proporciones tenían una significación sagrada. Cada piso de la torre era algo menor en sus dimensiones, y por consiguiente, la torre asumía la forma como de una pirámide escalonada.

Los lados eran de ladrillos vidriados, como lo eran todos los edificios importantes, públicos o religiosos de la antigua Babilonia. Algunos de los azulejos, que han resistido al tiempo, están ahora exhibiéndose en el Museo Rosacruz, en San José, en nuestra galería de antigüedades babilónicas y asirlas.

Cuando se les limpia bien tienen un brillo que da idea de lo que ha debido ser el esplendor de esta antigua ciudad, a la que tantas referencias hace la Biblia.

Al frente de la torre había una ancha escalinata que lleva hasta la mitad de su altura, unos ciento cincuenta pies. La parte superior de la torre tenía encima un templo. El centro de este templo, que era un patio, estaba abierto al cielo, y esta área abierta era un santuario.

Verdades y leyendas

El viejo historiador griego Herodoto nos narra su visita a Babilonia: lo que vio directamente y lo que le contaron. Relata vivamente sus experiencias de entonces y al describir este templo, dice en parte: "Cuando estamos a la mitad de la altura, hallamos un sitio de descanso y varios asientos en donde las personas a veces descansan para continuar ascendiendo. En la torre superior hay un templo espacioso y dentro de él un diván de gran tamaño, ricamente adornado, con una rica mesa de oro a su lado." Este diván era donde reposaba el dios Marduk.

Se supone que los antiguos súmeros, que provenían de las montañas del norte, trajeron consigo la creencia en Enlil, dios del aire. En su propia tierra habían erigido santuarios a este dios, en las cumbres de las montañas, cerca de su remo: la atmósfera. En las tierras bajas, en las llanuras de Shinar, creyeron que el dios debí a reposar también en un sitio por encima del hombre.

Entonces los templos en forma de torre, que alcanzaban hasta el cielo, se convirtieron en santuarios de Enlil. Los babilonios copiaron estos templos, y sustituyeron a Enlil por Marduk.

Aunque en Babilonia sólo se permite hacer excavaciones con permiso del gobierno, es fácil arrancar fragmentos de azulejos y trozos de cerámica, en las ruinas de los Jardines Colgantes, y en el palacio del terrible Belshazzar.

En la antigua Babilonia todas las comunicaciones se escribían en pequeños ladrillos cuadrados, y se empleaban para ello cañas pequeñas en forma de cuna, con las que se grababa la tierra aún blanda. Entonces se cocían estos ladrillos, que al endurecerse formaban un material en que la escritura duraba. A veces se envolvían estas "cartas" en un sobre también de barro blando, en el que se imprimía el sello del remitente. Más tarde, cuando el sobre se endurecía, no se adhería a la tableta interior, y podía romperse sacando integra la tableta.

Algunas de estas antiguas cartas o comunicaciones, junto con sus sobres, se conservan también en el Museo Rosacruz. La lectura de algunos de estos ladrillos nos da un cuadro de las relaciones sociales y de las transacciones comerciales de aquellas gentes de hace millares de años. Hay contratos para la entrega de ovejas, granos y frutos a los depósitos del templo.

Hay contratos de trabajo e inventarios de depósitos. Hay también tabletas de tipo cónico donde se consignaban los documentos oficiales de los sacerdotes o del rey, declarando su autoridad sobre el pueblo en asuntos religiosos o temporales. Ahora, por todas partes sólo había polvo y desolación, que son las consecuencias de un Imperío que se debilitó por la vida disipada y el decaimiento moral.

Cuando el rey persa Ciro, avanzaba sobre Babilonia con su ejército, los babilonios tuvieron tiempo suficiente para prepararse. Su carácter había decaído tanto que tenían indiferencia ante el nuevo ejército y confiaban para su seguridad en las grandes murallas. Ciro, al llegar a la ciudad, la sitió y construyó grandes trincheras a su alrededor. Los babilonios, al ver estas actividades, se rieron de él, pues sabían que no pedía rendirlos por hambre, y que tenían víveres para veinte años.

Se dice que una mañana, mientras el rey Belshazzar presidía un banquete, los persas desviaron el Eufrates y lo hicieron correr por las grandes trincheras que habían cavado; cruzaron entonces el lecho seco del río y abrieron las puertas, tomando así la ciudad.

Haciendo justicia a los persas, debemos decir que conservaron la ciudad como centro de cultura hasta que la conquistó Alejandro el Grande. Este joven conquistador pretendió hacer de Babilonia el centro de su vasto imperio, pero falleció después de un banquete de tres días.

Después de Alejandro, la decadencia de Babilonia fue rápida. Su estado actual corresponde a una profecía de Sennacherib, uno de sus antiguos conquistadores. Esta profecía, inscrita en una roca que está a gran distancia al norte, dice: "En días posteriores, no podrá verse en dónde estaba la ciudad y el templo de los dioses, yo la arroje a las aguas y acabé con ella."

Aunque Sennacherib no sumergió por completo a Babilonia, otros conquistadores la hicieron caer por su vanidad y sus ladrillos volvieron al polvo de donde surgieron.